

terable haciendo fuego. Goicoechea, que advirtió aquella tragedia, envió orden para que á aquel hombre se le retirara de un lugar para él de tanta desventura. Dos veces la resistió: á la tercera, Juan Malasaña dejó el fusil á otro que combatía sin armas; llegó á los piés de su hija, besóla en el rostro ensangrentado, recogióla en los brazos y, gimiendo y besando siempre con efusión el cadáver, desapareció por la calle de San Andrés donde habitaba.

También Benita Pastrana tenía 17 años, hermosura y amor. En el combate estaba el hombre á quien amaba, y ella entre las llamas del combate. Su muerte fué obscura, aunque herida al pié de los cañones, ya en parte huérfanos de los artilleros que los servían, y á quienes habían diezmado las balas. Conducida después de la pelea, por los hermanos de la Congregación de la Misericordia á la enfermería de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, á instancias suyas, á los pocos días murió olvidada. Lo mismo murió Angela Fernández Fuentes en el Hospital general, á donde se la condujo privada de conocimiento.

El tiempo ha velado en las sombras profundas del misterio á una heroína del Parque que no llegó á éste, pues encontró la muerte en su camino.

Llamábase Doña María Beano. Era viuda de un capitán de artillería. Tenía cuatro hijos menores: uno varón y tres hembras. Vivía exenta de sospechas desfavorables, aunque joven y hermosa, en un cuarto segundo de la calle del Escorial, que Velarde con frecuencia visitaba. Cuando le llevaron la noticia de los sucesos del Parque, una inquietud vertiginosa se apoderó de ella. Ordenó con precipitación su traje y sus cabellos. Besó entre lágrimas á sus hijos, recomendólos con tierna solicitud y fatídicos recelos á una criada antigua y fiel, y se lanzó á la calle para no volver más junto á aquellos objetos de su amor. Se dirigió al Parque, cuyas inmediaciones rodeaba un impenetrable círculo de acero francés. Por varios puntos intentó ganar la calle que á él conducía. Frustráronse todos sus esfuerzos; mas cuando, en una de estas acometidas, ya creía alcanzar lo que deseaba, una bala perdida, hiriéndola de súbito, desplomóla exánime en tierra, sin exhalar un suspiro. Cuando este trágico suceso se verificaba en la calle de San José, Velarde aún vivía, dirigía el combate y luchaba como un héroe.

El cardenal D. Judas José Romo, arzobispo de Sevilla, que fué en 1808, en sus mocedades, de los combatientes del Parque, nos ha legado un documento por el cual también se sabe que la prenda de amor prometida á Daoíz, cuando supo su heroico sacrificio, pretendió ser digna de él y consagrarse para siempre á su memoria inmortal. Siendo joven, hermosa y opulenta, renunció á todo, tomó el hábito de religiosa en un convento de Utrera y, uniéndose á Dios